

Se queja Jesucristo por tercera vez del traidor, y Pedro desea descubrirle.

Trataba de instituir el adorable Sacramento de su inmenso amor, y regalarles con él. Su alma bendita deseaba con ansia esta institucion; pero el Señor, que todo lo tenia presente, horrorizado al considerar que iba á entregar su santísimo Cuerpo y su preciosísima Sangre á un traidor, se detiene y exclama: En verdad os digo, apóstoles míos, que uno de vosotros me ha de entregar. Era la tercera vez que oyan quejarse de esto á su divino Maestro, y la viveza y celo de Pedro no podia ya sufrir que continuase viviendo tranquilo en el Colegio apostólico un hombre tan perverso. Deseaba conocerle para arrojarle de su compañía, si otra cosa no se le permitiese. Se hallaba Pedro sentado á la derecha de Jesucristo, y Juan á la izquierda; y Pedro, á quien, como cabeza de la Iglesia, parecia ser permitido mas que á otro alguno preguntar á su divino Maestro, quién era el traidor, no se atrevió al ver el silencio que siempre guardaba el Señor acerca de descubrirle; mas lo que parecia deberse á la superioridad, lo encomendó al amor. Era Juan el discípulo amado, y Pedro juzgó que nadie seria oido, en esta ocasion, mejor que el amor. Insinuó á Juan su deseo, y Juan se determinó á hacer la pregunta á su divino Maestro. La ocasion no podia ser mas oportuna. Se hallaba Juan entonces reclinado sobre el costado del Señor, y solo necesitó abrir sus labios para hacer la peticion. La hizo en efecto, y fué concedida. Aquel, le dijo el Señor, á quien yo alargare un poco de pan mojado, ese es; y habiendo mojado el pan le dió á Judas Iscariote.

Institucion del santísimo Sacramento del Altar.

Concluida la cena ordinaria y la del cordero pascual,

ya solo esperaban los apóstoles que se levantase de la mesa su divino Maestro para seguirle adonde quiera que se dirigiese; pero aun faltaba lo principal de esta cena eternamente memorable. Continuando el Señor sentado á la mesa, toma un pan ázimo, ó sin levadura, como se comia en semejantes dias, y teniéndolo en sus divinas manos, da gracias á su eterno Padre, lo bendice, lo parte y lo da á sus discípulos diciendo: Tomad y comed: este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria de mí. Y tomando un cáliz, dió gracias y se le dió, diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi Sangre del nuevo Testamento, que sera derramada por vosotros y por muchos en remision de los pecados. Cuantas veces hiciéreis esto, hacedlo en memoria de mí.

Así concluyó Jesucristo la institucion del santísimo Sacramento del altar. Consagró su Cuerpo y su Sangre, haciendo que en virtud de sus divinas palabras, lo que antes era pan, se convirtiese en su santísimo Cuerpo; y lo que antes era vino, en su preciosísima Sangre, sin que del pan y del vino quedase otra cosa que los accidentes; y dió poder á sus apóstoles para que consagrasen su santísimo Cuerpo y su preciosísima Sangre, mandándoles: que cuantas veces hiciesen esto (cuantas veces consagrasen), lo hiciesen en su memoria. Así Jesucristo, no solo instituyó el santísimo Sacramento, sino que dió á sus apóstoles facultad para usarle cuantas veces quisiesen, para consagrar su preciosísimo Cuerpo y Sangre, para alimentar con este soberano Sacramento á los fieles y para ordenar sacerdotes que le consagrasen y administrasen. Así que en esta preciosísima noche fué instituido, consagrado y administrado por primera vez el santísimo Sacramento del altar, para ser el alimento celestial de los hombres hasta el fin de los siglos; porque de fe es que entonces se acabará el mundo, cuando falte esta Hostia inmaculada y cese este Sacrificio divino.

Se dirige Jesucristo con sus apóstoles al Huerto de las Olivas.

Jesucristo, acabada esta cena divina, rezó con sus discípulos el himno de accion de gracias, con que los verdaderos Israelitas acostumbraban dar fin á sus cenas, y muy particularmente á la de la Pascua. No eran ya sino once los discípulos, porque Judas Iscariote se aprovechó de la oscuridad de la noche para ir á consumir su traicion. Concluido este acto de accion de gracias, salió el Señor de la cena y de la ciudad de Jerusalem, y se dirigió con ellos al Monte de las Olivas. Este hermoso y fértil monte dominaba gran parte de Jerusalem, y estaba separado de ella por el famoso valle de Josafát, ó torrente de Cedron. La distancia de la ciudad al monte apenas era de mil pasos, y se podía hacer este pequeño viaje en los días de sábado y fiestas solemnes sin contravenir á la ley. Al pié del monte estaban las aldeas de Betfage y Betania. y en su ladera la de Getsemani, desde donde se descubria el monte y la ciudad. En este última aldea se hallaba el huerto que Jesus habia escogido para depositario de su íntima comunicacion con su eterno Padre; y el que habia de ser en esta temerosa noche el campo de batalla, donde el infierno presentase su combate contra el Hijo de Dios.

Les habla en el camino de su desercion.

Los apóstoles no esperaban que este huerto habia de ser el testigo de su flaqueza, despues de haberlo sido tantas veces de su fervor; ni que en este huerto abandonarían cobardemente al que con tanta resolucion habian prometido entregar su vida antes que desampararle. Sin embargo, ellos debian vivir muy sobre sí, porque Jesucristo les habia prevenido mas de una vez

contra este abandono. En el camino desde Jerusalem hasta el huerto, apenas les habló de otra cosa que de su desercion. Todos vosotros, les decia, padeceréis escándalo en mí en esta noche; porque escrito está: Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas. Era sin duda lastimoso el estado en que iba á quedar el rebaño apostólico sin Pastor, sin Maestro, sin guía, sin defensa.... un rebaño derramado por todas partes.... pero yo, añadió Jesucristo á este anuncio de tanto desconsuelo, yo, despues que resucitare, iré antes que vosotros á Galilea. Así templaba el Señor las penas con las esperanzas. Sin embargo, Pedro apenas de nada hacia caso, y todo lo que era hablar de que habia de morir su querido Maestro, le era intolerable. Jesucristo, al verle tan resuelto, quiso prevenirle contra su flaqueza, y le dijo: Simon, Simon, hé ahí que Satanás ha deseado con ansia zaramdearos como el trigo, mas yo rogaré por ti para que no falte tu fe; y tú, convertido hácia tus hermanos, confírmalos en ella. Mas Pedro, sin parar apenas su atencion es esto, continuó diciendo: Señor, aunque todos se escandalicen en vos, yo jamás me escandalizaré. Era sin duda muy apreciable la firmeza de Pedro; pero un aprecio excesivo de su valor hacia que perdiese de vista su flaqueza, y esto era un mal. En verdad te digo, le contestó Jesucristo, que tú hoy, en esta misma noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres; mas el enardecido apóstol en nada se detenía, y continuaba, diciendo: Señor, yo estoy preparado y dispuesto á ir con vos á la cárcel y á la muerte; y si convinieren morir juntamente con vos, yo moriré, pero jamás os negaré. Lo mismo dijeron los demás apóstoles.

Les manda que compren espadas.

Jesucristo seguia recibiendo estas protestas de sus discípulos, y caminando hácia el torrente Cedron, que

era necesario pasar para entrar en el huerto de Getsemani. ¡ Paso memorable, representado en el que llorando habia hecho David por el mismo torrente hacia ya diez y ocho siglos, como lo dejamos escrito en la historia de este ilustre ascendiente del Hijo de Dios hecho hombre !
¡ Paso lastimoso que en esta misma noche haria maniatado el Hijo de Dios, cuando volviese del huerto á Jerusalem !

Luego que Jesucristo hubo pasado el torrente con sus discípulos, y antes de entrar en el huerto, se volvió á ellos y les hizo una pregunta que debió sorprenderles. Cuando os envié á predicar, les dijo, sin bolsa, sin alforja, y sin calzado, ¿ os faltó acaso alguna cosa ? Nada, Señor, le dijeron. Pues ahora el que tiene bolsa y alforja, véndalas, y el que no las tiene, venda su túnica y compre espada, porque es necesario que se vea cumplido en mí lo que está escrito de mí : *Y fué contado con los inicuos*. Señor, dijeron los discípulos, aquí hay dos espadas. Basta (para el cumplimiento de la profecía), dijo el Señor.

Oracion del huerto.

Habiendo al fin entrado en el huerto, les dijo : Orad, para que no caigais en tentacion ; y quedaos aquí hasta que yo vaya allí y ore. Y tomando consigo á Pedro, Santiago y Juan, se internó con ellos en el huerto y se puso en oracion. Luego principió á entristecerse y atemorizarse. Mi alma, les dice, está sumergida en una tristeza de muerte. Estáos aquí y velad conmigo. Se aparta de ellos como un tiro de piedra, vuelve á ponerse en oracion, postrado en tierra y pegado su rostro con ella, y en esta lastimosa postura, Padremio, dice, todas las cosas os son posibles ; haced que pase de mí este cáliz ; mas no se haga como yo quiero, sino como vos quereis. Acabada esta congojosa oracion, vino á sus discípulos, y hallándoles dormidos, dijo á Pedro : ¿ Así no



habeis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para que no entreis en tentacion. El espíritu, en verdad, está pronto, pero la carne está enferma. Volvió á retirarse el Señor y á orar segunda vez, diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase vuestra voluntad; y volviendo otra vez á sus discípulos, les halló durmiendo, porque estaban sus ojos cargados por la tristeza. Ninguna reprension les hizo el Señor esta vez, y solo se limitó á despertarles y volverse á orar tercera vez, haciendo la misma súplica.

Un ángel se presenta al Señor para confortarle.

Entonces se le presentó un ángel del cielo para confortarle; pero el Señor, postrado en tierra, pegado su divino rostro con el suelo y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia, y fué hecho su sudor como gotas de sangre que corria sobre la tierra. Por un efecto inaudito y jamás visto, desde que Dios había criado el mundo, el cuerpo de Jesucristo comenzó á sudar sangre por todos sus poros, y esta á correr en abundancia por todo su cuerpo. Rebatida del corazón adonde el temor la había juntado, sale de él con rapidez por mil caminos, y todo lo baña y encharca. En tan angustioso estado el ángel del Señor le conforta, no con la esperanza de ser dispensado de la muerte, que tanto temía, sino con la conformidad que pedía á su eterno Padre.

Prision del Señor.

El Hijo se conforma enteramente con esta voluntad adorable, y se apresta resignado á la muerte. El ángel se retira; la sangre cesa y vuelve á su curso ordinario; y Jesus, levantándose de su oración, viene por última vez á sus discípulos, que estaban ya todos reunidos, y

les dice : Levantaos y orad , para que no entreis en tentacion. Vamos. Se acerca la hora en que el Hijo del hombre será entregado en las manos de los pecadores. Ya llega el que me ha de entregar. Aun estaba hablando Jesucristo, y hé aquí que Judas Iscariote viene á entregarle. Sabía el traidor cuál era el sitio en que le habia de hallar, porque venian allí con frecuencia Jesucristo y sus apóstoles, y se dirigió á Él con una multitud de gentes armadas de espadas y varas y con linternas ó hachas encendidas; y una cohorte ó batallon de quinientos á seiscientos soldados. Toda esta gente era enviada por los príncipes de los sacerdotes, por los magistrados del templo y por los ancianos del pueblo. Tambien venian mezclados con ella varios de los mismos príncipes, magistrados y ancianos que la enviaban.

El asunto era prender á Jesus, Hijo de Dios. Judas debia saber que nada de esto era necesario para prender á un hombre que no queria huir ni defenderse, y que todo este aparato y prevencion eran inútiles, si este hombre no queria entregarse. El le habia visto librarse de las manos de sus enemigos, cuando parecia no quedarle el menor arbitrio, y desaparecer de su vista en el mismo momento en que se armaban de piedras para quitarle la vida. Le habia visto pasar entre ellos como si fuertá entre sus amigos, sin que hubiese quien se atreviese á detenerle ni á tocarle. En una palabra, le habia oido, y habia visto que no era prendido, porque no queria serlo, hasta que llegase la hora señalada por su eterno Padre. Todo esto debia excusar á Judas estas prevenciones de gentes armadas; pero era preciso que, en el tiempo de sus padecimientos, se repitiese el cumplimiento de esta afrentosa profecía : *Y fué contado con los inicuos.*

Beso de Judas.

Sabiendo el Señor todas las cosas que habian de venir

sobre Él, salió con sus discípulos al encuentro de sus enemigos. Judas por su parte se adelantaba con sus tropas, previniéndoles que aquel á quien él diese un beso, ese era Jesus Nazareno : que le prendiesen y llevasen con toda cautela. Luego se llegó el malvado á Jesucristo y estampó en su divino rostro sus inmundos labios, dándole el beso de Judas, y diciendo : Dios os guarde, Maestro. Amigo, le dijo Jesucristo, ¿ á qué has venido ? ¡ Con un beso entregas al Hijo del hombre ! Cualquiera pecador ordinario se habria conmovido con una reprobacion tan dulce y amorosa. Era necesario un Judas para no arrepentirse, y Judas cumplió con su carácter.

Caen de espaldas los que vienen á prender al Señor.

Seguido el divino Maestro de sus once discípulos, se encaminó hácia sus enemigos, con los cuales se habia incorporado ya el traidor, y les preguntó : ¿ Á quién buskais ? Á Jesus Nazareno, le dijeron. Pues *yo soy*, les dijo el Señor. Mas luego que el Señor les dijo : *Yo soy*; amos y criados, soldados y jefes, y Judas, capitán de la traicion, todos retrocedieron y cayeron en tierra de espaldas, unos sobre otros. Despues de un golpe de esta naturaleza, no debieran levantarse todos estos infelices, sino para implorar á los piés de Jesucristo el perdon de su temeraria intencion; pero en la ejecucion de los grandes delitos hay un tiempo en el que los pecadores no reflexionan y corren ciegos al precipicio. Esto sucedió á los que venian á prender á Jesucristo. Se levantan, se miran unos á otros, y sin pensar mas en tan terrible suceso, se empeñan en la continuacion de su empresa. Viendo el Señor su temerario empeño, ¿ á quién buskais ? volvió á preguntarles, como para darles tiempo á que lo reflexionasen bien; pero ellos, sin detenerse, respondieron como antes : Á Jesus Nazareno. Pues ya os he dicho que *yo soy*, les respondió el Señor;

y puesto que á mí es á quien buscaís, dejad á estos (mis discípulos) que se vayan libres.

Corta Pedro á Malco una oreja, y el Señor la sana.

Viendo los discípulos que trataban de prender á su divino Maestro, le preguntaron, ¿qué hacemos? ¿herimos con espada? Y luego Simon Pedro, que tenia una, llevado del mas profundo dolor al ver que quieren prender á su divino Maestro, la saca, y sin esperar la contestacion del Señor, corta con ella la oreja derecha de un criado del pontífice, llamado Malco. Permitió el Señor este principio de combate para que se verificase por tercera vez el cumplimiento de la repetida profecía: *Y fué contado con los inicuos.* Pero no era su designio que padeciesen sus enemigos por el celo indiscreto de su apóstol. Hizo traer á su presencia al herido, tomó su oreja, la aplicó á su lugar y quedó unida, y Malco sano. Apenas se comprende, y semejante admiracion se ofrece á cada paso de la dolorosísima Pasion del Señor; apenas se comprende, repito, cómo Malco, curado repentinamente, y los demás que fueron testigos de este prodigio, no desistieron á su vista de su malvado intento; pero su desdicha estuvo en ser conducidos por un apóstol traidor, y animados por fariseos soberbios. No se contentó el divino Maestro con curar la herida que, sin su licencia, habia hecho Pedro al criado del pontífice; quiso tambien instruir á la cabeza del apóstolado, y en ella á los demás apóstoles.

Manda á Pedro que vuelva la espada á su vaina, porque el que á hierro mata, á hierro morirá.

Pedro, le dijo el Señor, vuelve la espada á su vaina; porque todo el que matare á espada (sin autoridad), á

espada morirá. ¿Piensas acaso que no puedo yo rogar á mi Padre, y me enviará mas de doce legiones de ángeles (mas de setenta y dos mil ángeles) que me defiendan? ¡Terrible poderío! Si en una noche mató un solo ángel ciento ochenta y cinco mil soldados del ejército de Senaquerib, ¿qué harian mas de setenta y dos mil ángeles? Pero entonces, añadió el Señor, ¡cómo se cumplirán las Escrituras que dicen: Que conviene que así se haga! Esto es, que yo padezca! ¡Qué! ¡el cáliz que me presentó mi Padre, no le beberé! Dejad, dijo á sus apóstoles, dejad que se acerque esa gente. Á estas palabras se acercó á Jesucristo el tribuno con su cohorte, los principes, los magistrados, los ancianos y las demás gentes, y les dijo el Señor: ¡Con espadas y varas habeis salido á prenderme, como si fuera un ladron; y estando yo todos los dias con vosotros en el templo no me detuvisteis! Todos los dias me sentaba con vosotros, enseñando en el templo, y no me prendisteis, mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Huyen los apóstoles, y prenden á Jesus sus enemigos.

Al oír los apóstoles estas palabras de su divino Maestro, conocieron que iba á dejarse prender, y todos huyeron. Entonces ¡qué horror! la tropa y los ministros de los Judíos prendieron á Jesus, Hijo de Dios, y le ataron. Las entrañas se estremecen al contemplar preso y atado al Hijo del eterno Padre; pero era preciso que esta Víctima, sacrificada desde el principio del mundo á la gloria de Dios y á la salud de los hombres, caminase al altar, y fuese ofrecida sobre él. No eran, no, los lazos de los enemigos de Jesucristo los que ataban al Señor. Con mayor facilidad los habria rompido, que Sanson los de los Filisteos. Eran los lazos de la obediencia á su eterno Padre, y los lazos del amor á los hombres los que le aprisionaban.

Quando las tropas y la turba salian del huerto y caminaban á Jerusalem con Jesus preso, un jóven, que regularmente sería alguno de sus muchos discípulos, le seguia cubierto con una sábana sobre la túnica (de la que nunca se desnudaban los Judíos), y los que llevaban preso al Señor prendieron tambien á este jóven; pero él, dejando la sábana entre sus manos, huyó desnudo, esto es, solo con la túnica. De este modo Jesucristo quedó enteramente solo, sin que hubiese alguno de los suyos que le siguiese de cerca, y cuya vista pudiese consolarle.

Jesus, puesto en este total desamparo, y arrastrado por los impíos, será siempre el objeto de la compasion de todos los cristianos y aun de todos los hombres; y entre las ignominias de su Pasion, parecerá mas Dios, si así puede decirse, que cuando resucitaba los muertos. Desde este momento de su ignominiosa prision, no dirá ya Jesus una palabra, ni dará un paso, ni hará una cosa que no exija nuestro dolor y nuestras lágrimas.

Es llevado el Señor á la casa de Anás.

Se contaba en Jerusalem tan seguramente con la prision de Jesus Nazareno, que ya se habian tomado todas las medidas para instruir el proceso, y estaban tan determinados á sacrificar al inocente, que solo se formaba por guardar alguna apariencia de orden. Caifás, que hacia este año las funciones de sumo sacerdote, tenia por compañero en el pontificado á Anás, su suegro, ya bastante anciano. Fuese por consideracion á la edad, fuese por atencion al parentesco, habia dispuesto Caifás, que luego que prendiesen á Jesus, le condujesen á la casa de Anás, por si gustaba examinarle. Era Caifás aquel inieuo pontífice que ya con anticipacion habia pronunciado sentencia de muerte contra Jesucristo cuando habia dicho: Conviene que muera un hombre por el

pueblo y que no perezca toda la gente; pues aunque dijo una verdad, anunciada repetidas veces en los Libros santos, condenaba por su parte á un inocente sin oírle, y esto era una iniquidad. Anás tuvo la complacencia de ver en su palacio, preso, á Jesus Nazareno, y se duda si fué en él donde recibió el Señor la hostiada.

De la casa de Anás es llevado á la de Caifás.

Nosotros dejamos este lastimoso paso para referirle como sucedido en el palacio de Caifás, porque conviene mejor al enlace de la historia; lo que no tiene duda es, que Anás envió luego al Señor á su yerno Caifás que le esperaba y habia reunido un concilio para juzgarle.

Pedro y Juan le siguen de léjos y llegan á entrar en la casa de Caifás.

Durante el camino, Pedro y Juan, despues de la comun desercion, volviendo en sí de su espanto, seguian al Señor, pero á larga distancia, temerosos de ser advertidos y presos por los soldados. Vieron que el Señor era llevado á la casa de Anás y conducido á poco tiempo á la de Caifás. Juan era conocido de este pontífice y de su familia, y no tuvo dificultad en llegarse á la puerta y llamar; ni tampoco la tuvieron los criados del pontífice en abrirle la puerta. No sucedió lo mismo á Pedro. Le fué preciso quedarse á la puerta hasta que Juan intercedió por él y se le permitió la entrada. Bien hubieran querido ir juntos los dos apóstoles á lo interior del palacio para saber todos los sucesos; pero Juan no tuvo bastante ascendiente para internar consigo á su compañero, y este se vió precisado á quedarse en el atrio, donde habia una confusa multitud de soldados, ministros y criados del gran sacerdote. Era esto en

principio de la primavera, y aun hacia frio, particularmente por la noche. Encendieron lumbre en medio del atrio y se calentaban. Pedro, por su desdicha, se acercó tambien á la lumbre, y se calentaba con los demás, esperando la decision del concilio. Esta fué tal como debía esperarse de la disposicion de los jueces.

Pregunta Caifás al Señor sobre sus discípulos y doctrina.

El sumo sacerdote Caifás fué quien principió el interrogatorio, preguntando al Señor acerca de sus discípulos y doctrina. Yo, le dijo Jesucristo, públicamente he hablado al mundo. Yo siempre enseñé en las sinagogas y en el templo, donde se juntan todos los Judíos, y nada he hablado en oculto. ¿Porqué me preguntas á mi? Pregunta á aquellos que me han oido, que es lo que yo les he dicho. Ellos saben lo que he dicho. Habiendo respondido Jesucristo de un modo tan justo, tan modesto y tan incontestable, la fuerza de la verdad hirió al pontífice y le puso de mal semblante.

Recibe el Señor una bofetada por tan justa respuesta.

Entonces uno de sus criados que estaba al lado de Jesus, viendo el disgusto de su amo, dió al Señor una bofetada, diciendo : ¿Así respondes al pontífice? Á una accion tan inicua, no correspondió el Señor sino con la mayor bondad y mansedumbre. Si he hablado mal, dijo al criado, da testimonio de lo malo ; y si bien, ¿porqué me hieres? Hemos dicho que el Señor en su Pasion no daría un paso, ni diría una palabra, que no exigiese nuestras lágrimas. ¿Pues qué no exigirá de nosotros una bofetada estampada en su divino rostro? Los ángeles retirarian sus ojos al ver levantada la mano sacrilega, y nosotros no podemos dejar de estremecernos al con-

templarla estampada en aquel rostro divino en que se miran los ángeles. El criado del pontífice debía ser castigado severamente por la indignidad con que habia tratado á Jesus contra el órden judicial ; pero no se pensaba en guardar las reglas ordinarias con un hombre á quien se queria perder á todo trance.

Exámen de testigos.

Los príncipes de los sacerdotes y todo el concilio buscaban un falso testimonio contra el Señor para sentenciarle á muerte, y no le encontraban, aunque se presentaron muchos testigos, porque en sus declaraciones se contradecian. Por último, despues de multiplicadas declaraciones, vinieron dos falsos testigos, y dijeron : Nosotros le hemos oido decir : Puedo destruir el templo de Dios y reedificarle en tres dias. Tambien le hemos oido : Yo destruiré este templo, hecho de mano, y en tres dias edificaré otro, no hecho de mano ; y no era concorde su testimonio. Así como todos los primeros testigos habian sido falsos, tambien estos dos últimos no declaraban en verdad. Jesucristo habia dicho : Destruid este templo, y en tres dias yo le reedificaré. Jesucristo hablaba de su cuerpo, al que llamaba con frecuencia templo, y su sentido era, que le destruyesen, esto es, le quitasen la vida, y en tres dias le reedificaria, le resucitaria, como así se verificó ; pero no hablaba del templo de Jerusalem, como ellos querian, sino de su cuerpo, como dice el sagrado Evangelista.

Caifás conjura al Señor á que diga la verdad.

Bien conoció el pontífice que en todo lo que acababa de oír no se hallaba cosa alguna con que poder, á lo menos, colorear á los ojos del público una sentencia de